

SOLOS EN LONDRES

SAM SELVON

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



Una tarde dura de invierno, cuando tenía una forma de irrealidad en Londres, con una niebla tumbada sinquieta encima de la ciudad y las luces borrosas como si no es Londres de verdad sino un sitio extraño en otro planeta, Moisés Aloetta sube a un bus número 46 en la esquina de Chepstow Road y Westbourne Grove por ir a Waterloo y encontrar un tío que venía de Trinidad en el tren del barco.

Cuando Moisés sienta y paga su billete, saca un pañuelo blanco y suena su nariz. Pone negro el pañuelo y Moisés mira la tela y insulta la niebla. No estaba con buenos humores y la niebla no hacía nada por ayudar. Antes va tener que levantar de una cama caliente y a gusto y vestir y salir a la calle con este mal tiempo por ir y encontrar un tío que ni siquiera no conoce. Esa era la parte que dolía: no es como si este tío es su hermano o primo o ni siquiera amigo. No conoce al hombre más que a Adán. Pero llega una carta de un amigo en Trinidad que dice este tío viene en el *SS Hildebrand* y si puede por favor encontrar a él en la estación en Londres y ayudar hasta que está colocado. El nombre del tío es Henry Oliver, aunque el amigo dice a Moisés no preocupes porque describe a Moisés a él, y todo que tiene que hacer es estar en la estación cuando el tren del barco llega y este tío Henry va encontrar a él. Así que por los

viejos tiempos Moisés está en el bus yendo a Waterloo, enfadado con él mismo porque su corazón es tan blando que siempre está haciendo algo por alguien y nadie nunca hace nada por él.

Porque parece a Moisés que casi no tiene tiempo de estar colocado en la vieja Inglaterra cuando todos tipos de tíos empiezan venir derechos a su habitación en Water, después que llegan a Londres desde las Antillas, contando que este y ese dicen Moisés es un tío bueno de contacto, va ayudar a ellos a tener un sitio donde vivir y un trabajo.

«Ay, Señor —queja Moisés a Harris, un amigo que tiene—, nunca vi nada como así. No conozco de nada a esta gente, pero vienen a mí como si yo soy un funcionario de inmigración. Y yo, que estoy con el culo rojo, ¿cómo voy ayudar a ellos?».

Y estos tipos de cosas estaban pasando en un momento cuando los ingleses empiezan armar escándalo porque tiene demasiados caribeños llegando al país: este era un tiempo cuando en todas las esquinas, cuando das la vuelta, apuestas diez a uno que vas chocar con un negro. En verdad los chicos están por todo Londres y no tiene un sitio donde no vas encontrar a ellos, y en el Parlamento tienen discusiones grandes por la situación, aunque la vieja Inglaterra es demasiado diplomática por tomar medidas contra los chicos o hacer nada drástico como hacer que no vienen a la Madre Patria. Pero todos los días los periódicos llevan grandes títulos y todo que cuentan los periódicos y las radios en este país, eso es la Biblia de la gente. Como una vez cuando los periódicos dicen los caribeños piensan las calles de Londres tienen alfombras

de oro, un tío jamaicano fue a la oficina de Hacienda por preguntar algo y la cosa primera que el funcionario dice es: «¿Vosotros es que pensáis que las calles de Londres están cubiertas de oro?». Los periódicos y las radios mandan en este país.

Ahora Moisés está incómodo por la situación, porque si dice la verdad, la mayoría de los tíos que vienen ahora son peleones de verdad, son desesperados. No es como mucho tiempo antes, cuando cuarenta o cincuenta vienen a poco a poco, ahora invaden el país por cientos. Y cuando ellos, los tíos que están aquí mucho tiempo, ven gente salir corriendo del Caribe, lógico, ellos piensan va ser una maldita locura volver. ¿Entonces qué puede hacer Moisés cuando estos tíos llegan desesperados a su puerta con una maleta y no tienen sitio donde dormir ni no tienen sitio donde ir?

Un día llega un grupo de tíos.

—¿Quién dice mi nombre y mi dirección a vosotros?
—pregunta Moisés.

—Ah, un tío de nombre Jackson que estaba aquí el año pasado.

—Jackson es una zorra, él sabe que yo estoy pasando el infierno también.

—Tenemos dinero —dicen los tíos—, solo queremos que tú ayudas a nosotros a tener un sitio donde estar y dices cómo tener un trabajo.

—Eso es más difícil que tener dinero —gruñe Moisés—. No sé por qué tripas venís a mí.

Pero igual salió con ellos, porque solía recordar cómo de desesperado estaba cuando llegó a Londres la vez primera y no conocía a nadie ni no sabía nada.

Moisés manda por direcciones diferentes a los chicos.

—Demasiados negros en Water ahora —dice a ellos—. Vais intentar por Clapham. ¿No sabéis cómo llegar allí? En la estación del metro preguntáis. También, vosotros tres podéis ir a la estación King's Cross y preguntar por un tío de nombre Sansón que trabaja en la oficina de equipajes. Él va ayudar a vosotros.

Y así, como si es un funcionario de ayuda social, Moisés reparte los chicos por Londres porque no quiere una zona concentrada en Water, como están las cosas ya están suficiente mal. Y lleva uno o dos que caen bien por casas donde sabe que está bien ir, porque en este tiempo Moisés sabe en qué sitios cierran la puerta en tu cara y en qué sitios cogen negros.

Y ese mismo corazón blando tiene a Moisés ahora en el bus yendo a Waterloo por encontrar un tío de nombre Henry Oliver. No sabe cómo siempre acaba en situaciones como esta, ayudando a la gente. Suspira, el maldito bus mueve con pies de caracol en la niebla y la tarde es tan triste que ojalá está todavía en la cama.

Después que llegó a Waterloo, baja y entra en la estación, y de pronto en esa estación grande tiene un sentimiento de nostalgia que nunca tuvo en los nueve-diez años que está en este país. Porque el amigo Waterloo es un sitio de llegar y de marchar, es un sitio donde ves gente llorar por decir adiós y besar por decir bienvenido, y casi no tiene tiempo de sentar en un banco antes que este sentimiento de melancolía llega a él y está sorprendido. Conoce a algunos tíos que están en Inglaterra mucho tiempo y ni siquiera no pueden dejar la costumbre de ir a Waterloo siempre que un tren del barco llega con

pasajeros de las Antillas. Quieren ver las caras familiares, ver bajar del tren a sus compatriotas, y a veces pueden ver a alguien conocido: «¡Eh, Watson! ¿Qué tripas haces en Inglaterra, chaval? ¿Por qué no escribiste y dices voy allí?». Y empiezan hablar mucho de antes con los viajeros, por saber qué pasa en Trinidad, en Granada, en Barbados, en Jamaica y en Antigua, cómo es el último número de calipso¹, si alguien está muerto y esas cosas, y hasta hacen preguntas a desconocidos que no pueden responder, como si conocen a la Tita Simmons que vive en La Basse, en Puerto España, o un tío de nombre Harrison que trabaja en la Casa Roja.

Pero Moisés nunca tiene estos tipos de flojeza: nunca pensó ir a Waterloo solo por ver quién viene de las Antillas. Aunque pasa también que la estación es de esos tipos de sitios donde estás sentimental. Fue aquí donde Moisés llegó cuando viene a Londres, y no tiene la duda que cuando llega el momento, si es que va llegar, es aquí donde va decir adiós a la gran ciudad. Quizá estaba pensando es tiempo ya de volver a los trópicos, por eso está teniendo sentimientos de tristeza y soledad.

Moisés estaba sentado en un banco fumando un Woods cuando aparece un amigo jamaicano de nombre Tolroy.

—¿Llega el tren del barco ya? —pregunta Tolroy, aunque sabe que no llega todavía.

—No —contesta Moisés, aunque sabe que Tolroy sabe.

1 Vinculado a diversas tradiciones orales y al carnaval, el calipso es el género musical trinitense por excelencia y ha influenciado en gran medida la producción literaria antillana y la obra de Sam Selvon. Entre sus características cabe destacar una ironía subversiva, los estereotipos y la repetición con fines dramáticos.

—Chaval, espero a mi madre que viene —dice Tolroy de forma nerviosa, como si está sustado por la idea.

—¿Mandas por ella? —pregunta Moisés.

—Sí.

—Ay, ojalá yo soy como vosotros los jamaicanos —dice Moisés—. Vosotros podéis vivir con dos-tres libras por semana y ahorrar dinero en una maleta debajo de la cama, entonces, cuando tienes bastante, mandas por la familia. Yo no puedo ahorrar un centavo de mi paga.

—Si yo hago eso, son mis cosas —responde Tolroy, que siente un ataque.

—Sí, no digo es algo malo, yo estoy intentando hacer eso siempre desde que vengo a este país. Solo estaba pensando en cuando tú vienes por vez primera, cómo yo ayudé a tener un trabajo en la fábrica a ti y cómo tú tienes tanto dinero ahorrado y yo no tengo un centavo. Así es la cosa, chaval. ¿Todavía vives en Harrow Road?

—Sí. Pero ahora la vieja viene y tengo que buscar un sitio más grande. ¿Sabes de alguno?

—No por mi sitio. Aunque Gran Ciudad hablaba ayer de una casa por Grove que tiene algunas habitaciones vacías. ¿Por qué no vas ver a él y preguntas?

—Mañana voy. ¿Tienes un cigarrillo?

—Estoy fumando el último.

Tolroy sienta en el banco con Moisés y los dos están mirando la estación Waterloo, todas las cosas que pasan, toda la gente que van y vienen.

—¿Dónde tienes la guitarra? —pregunta Moisés.

—No traigo, macho.

Cuando Tolroy salió de Jamaica trae una guitarra a Inglaterra y siempre tiene esta guitarra con él, toca en la calle y en el metro y cuando está de pie en las colas.

—Mejor cogemos billete de andén —dice Moisés, y es justo a tiempo porque el tren del barco entra y la gente empiezan salir del tren.

Moisés queda fuera del camino con las manos en los bolsillos, sin interés por los pasajeros, solo esperando este tío Henry que viene y así puede volver a casa lejos del frío y de la niebla.

Tenía un tío jamaicano que vive en Brixton y llega a la estación por ver qué inquilinos puede coger en las casas que tiene en Brixton. Este pez cuando vino primero abre un club y a poco a poco ahorra dinero y compra una casa. Y luego no sabes nada hasta que sabes que compra una calle entera de casas en Brixton y alquila habitaciones a los chicos y cobra a ellos cualquier cosa como tres o cuatro guineas por una doble. Cuando es por ganar dinero en el viejo Londres nadie escucha cuando dices «suelta un poco la cuerda» o «los dos somos compatriotas». A veces pone cama y silla en dos o tres habitaciones grandes y dice a los tíos que pueden vivir allí juntos, pero todos pagan una libra cada uno. Así que imaginas: cinco-seis tíos en una habitación y el pez sacando tanto dinero. Y siempre que llega un tren del barco, él va a Waterloo por coger esos tíos nuevos en Londres que no tienen sitio donde estar, y cuenta a ellos cómo Brixton es una zona buena, cómo tiene montones de jamaicanos allí ya y cómo van sentir igual como en casa en el barrio porque el alcalde está del lado de los chicos y no tiene montones de prejuicios allí.

Mientras Moisés sonríe porque ve al pez cazando inquilinos, un tío de los periódicos viene a él y pregunta:

—Perdone, caballero, ¿acaba usted de llegar de Jamaica?